

Se va el caimán

Llegamos a Neiva con cuatro días de anticipación con el propósito de hacer un poco de publicidad. Repartimos miles de volantes, patrocinados por la Industria Licorera del Huila, anunciando la presencia de Capax, y la ceremonia de iniciación de la competencia. Durante el desfile de las candidatas al Reinado Nacional del Bambuco por las principales calles de la ciudad, logramos que Capax fuera sobre una máquina de bomberos. Nuestro hombre impresionó al público por su pinta: iba en traje de baño, sobre su hombro llevaba terciada una serpiente boa constrictor de tres metros y en su boca mordía un inmenso cuchillo. Definitivamente, Capax era un producto con gran arraigo popular.

El martes 29 de junio de 1976, a las ocho de la mañana, el obispo de Neiva ofició la Santa Misa en el Parque Monumento La Gaitana, y bendijo el comienzo de la Operación Rescate del río Magdalena. A la ceremonia, asistieron por lo menos tres mil personas, entre ellos los periodistas Sonia Gómez de TV Sucesos RCN, José Yépez Lema de El Espectador, Luis Eduardo Ruiz Rubio de Todelar y Gonzalo Castellanos de la revista Cromos; así como delegaciones de la gobernación del Huila, la alcaldía de Neiva, Incora, Inderena, Defensa Civil y otras organizaciones gubernamentales. Mi amigo Leo Cabrera del Instituto Huilense de Cultura, nos dio una medalla conmemorativa y leyó unos poemas alusivos al acto. Fue un momento muy emocionante.

Minutos antes de que Capax saltara al agua se nos presentó un hombre con una canoa.

—Señores, me llamo Iván González, vengo de Montería. Soy pescador del río Sinú y quiero hacer el mismo recorrido de Capax pero en esta pequeña embarcación.

—Amigo, gracias por su colaboración, pero es muy tarde para incluirlo en los seguros de vida o accidente; tampoco podemos garantizarle alojamiento, comida y atención médica —le comenté.

—Don Armando, por favor, déjeme ir... es una ilusión que tengo; mire, me vine desde la costa en bus...

—Lo siento mucho pero no puedo hacer nada.

Algunas personas que estaban escuchando la conversación comenzaron a gritar:

—Déjelo ir... no sea malo.

La presión del grupo fue creciendo. Álvaro Enciso me llamó aparte.

—Hermano, si el hombre paga todo y no es una carga para nosotros, pues dígame que sí, a la larga es bueno, va a estar al lado de Capax todo el tiempo y uno nunca sabe.

—Alvarillo, lo que pasa es que podemos meternos en un lío legal. Qué tal que se nos ahogue o se joda... nos lo achacan y pailas.

Henry XV se acercó y con su estilo desabrochado expresó:

—Frescos que no va a pasar nada. Esta nota es para gozar, no para padecer. Ese man se ve un duro para navegar... pillen la pinta que tiene. Nos puede servir en canti, déjenlo, y si jode mucho, lo zafamos de una.

Lo seguí pensando un poco más. Tenía mis reservas.

La gente seguía gritando:

—¡Déjenlo... Déjenlo!

No muy convencido regresé hasta el hombre de la canoa.

—Amigo, usted va por su cuenta y riesgo.
El muchacho de la costa, se transformó. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Don Armando, gracias, muchas gracias. Tenga la seguridad de que no lo voy a defraudar. No se imagina lo feliz que me siento.
El hombre se dirigió al público y levantó la mano derecha en señal de victoria. Una salva de aplausos y gritos de alegría prácticamente lo ahogó.

Capax oró por cinco minutos y se persignó varias veces antes de acercarse a un pequeño muelle de madera. Eran las nueve de la mañana. El día estaba bastante nublado, hacía algo de calor y la humedad era insoportable. La noche anterior había llovido sin cesar y el río estaba crecido. Inspiraba respeto. El agua era mansa en la orilla, más fuerte en el medio y turbulenta en el centro. Tenía un color amarillo. De vez en cuando se veían flotando ramas y grandes pedazos de árboles.

El nadador besó la imagen de la Virgen del Carmen que llevaba en un escapulario colgado al cuello. Cerró los ojos, se acomodó su larga cabellera hacia atrás, inhaló una fuerte bocanada de aire y se tiró de cabeza. Permaneció más de diez segundos debajo del agua. Salió bien adelante. Giró su cuerpo, sacó la mano izquierda y saludó a la multitud que lo vitoreaba en las orillas.

Iván González, el hombre de la canoa, comenzó a remar con fuerza, evitando los puntos rápidos del río. Su diminuta embarcación era de madera y lucía como un kayak. Para mayor estabilidad tenía un mástil de dos metros de altura y una vela de tela blanca con leyenda: Montería doscientos años. Para demostrar su destreza hizo varias cabriolas y luego se le pegó a Capax como un perro guardián.

Nuestra lancha iba llena y pesada. Fuimos a bordo: Luisa de Plata, Armando Plata, Germán Hernández, Henry XV, Álvaro Enciso, Efraín Alberto González, Frank Fonnegra, Jairo Sandoval Carranza, el periodista José Yépez Lema, el camarógrafo Mario González, y el capitán de la embarcación: un lancharo contratado por Yamaha. Todos llevábamos puestos flotadores salvavidas.

Cuando la nave arrancó, la proa se elevó más de lo normal. Pensamos que nos íbamos a volcar. El maquinista redujo la potencia del motor y gritó:

—Conserven sus puestos que no pasa nada —y sonrió.

A la salida de la ciudad, pasamos por debajo del puente que comunica a Neiva con el interior del país. Se veía lleno de buses, camiones, automóviles, gente y más gente. González se acostó sobre la proa de la lancha y comenzó a rodar una toma en contrapicado con su cámara Arriflex de formato super 16 mm. Al verlo, recordé mi primera filmación en la casa de putas, en el Grill Mario's seis años atrás. Las vueltas que da la vida, pensé.

Mario González trabajaba como camarógrafo para Producciones Mundo Moderno, la empresa cinematográfica de mi amigo Gustavo Nieto Roa. Tenía la misión de filmar un documental con los principales detalles de nuestra aventura. El cortometraje, luego sería

proyectado en las salas de cine. A lo largo del viaje no tuvimos una buena química y sentí que no era el santo de su devoción.

Cinco embarcaciones nos acompañaron en la primera etapa de Neiva hasta el puerto de Aipe; uno de los botes era el del Inderena y llevaba un equipo de radio portátil, de banda media, con el que intentamos hacer algunos informes para los noticieros de Todelar. Funcionaba con varias baterías de carro puestas en serie. Las condiciones atmosféricas no fueron las mejores y cuando logramos establecer la comunicación con el máster de la emisora, nos dijeron que la señal de audio era ruidosa y distorsionada.

Desde el primer momento Capax quiso demostrar que era un superdotado y, en efecto, lo era. Su ritmo durante los primeros minutos fue asombroso: brazadas largas, perfecto manejo de la respiración y un movimiento armónico de piernas. Era todo un atleta.

Conocía de memoria el río Amazonas alrededor de Leticia, una zona en la que convergen los límites de Colombia, Brasil y Perú. Pero aquí, el río Magdalena le tenía una primera sorpresa: la temperatura del agua.

Capax comenzó a gritar cuando sintió el primer tirón de un calambre en la pantorrilla derecha. Iván González, el hombre de la canoa, lo auxilió de una y lo remolcó hasta la orilla. El nadador estaba pálido, congelado, entumido. Tiritaba. Se le veía adolorido. A nadie se le ocurrió pensar que en esta área, el río Magdalena es el depositario de cientos de quebradas y riachuelos que nacen en los gélidos páramos y nevados de las cordilleras central y oriental de los Andes colombianos.

Como un rayo veloz, Frank Fonnegra bajó de la lancha su maletín con aceites, cremas y una toalla playera sobre la que se acostó Capax.

—Tiene una bola muy grande... en la pierna —aclaró el masajista.

—Denle un aguardiente —alguien sugirió por ahí.

—No sean brutos, eso lo jode más... mejor un poco de caldo... o café —alguien aconsejó.

—No tenemos nada caliente... solo sánduches y gaseosa —dijo Efraín.

Frank siguió masajeadando a Capax y le dio un poco de agua.

Cabizbajo y preocupado, me fui con Álvaro Enciso a explorar el área.

—Hermano, creo que este hombre no llega a Barranquilla.

—Armando, tranquilo que Alberto es un berraco... mire, con ese calambre tan hijueputa como el de hoy, cualquiera se habría ahogado.

—Sí, pero no podemos jugar al super héroe; ese loco podrá ser un putas, pero es humano. Además, le noto un deseo nato de figuración y eso es grave porque en cualquier momento puede cometer un error, una imprudencia, y chao pescao.

—No conoces a Capax: es un superdotado. Fresco.

—Álvaro, seamos claros: tú y yo sabemos que Capax es el gancho de esta operación, de este espectáculo, y si algo le pasa, todo se nos derrumba como un castillo de naipes. No tomemos riesgos.

—¿Qué propones?

—Primero que todo, que solo nade a intervalos, para que descanse. Segundo, que siempre lleve una cuerda atada a la cintura Y tercero, debemos limitar el acceso de las personas a él.

—¿Y eso para qué Armando?

—Para crear misterio y ansiedad entre el público. Enciso, apliquemos el viejo principio del entretenimiento que dice: rodea tu producto de misterio y solo permite que el público lo vea en el escenario. La idea es que cuando llegue a los pueblos, lo vean un momento, luego lo escondemos en un sitio secreto y dejamos rodar ciertos chismes.

—¿Chismes?

—Sí, cosas sin importancia: que esta deprimido... que tiene urticaria... que le molesta la oscuridad. Tonterías que despierten la curiosidad de la gente. Todos los días cambiamos de historias, y ya verás el efecto que eso causa.

Retomamos nuestro viaje hacia Aipe, cuando Capax se recuperó del calambre. Ahora iba escoltado a la izquierda por nuestra lancha y a la derecha por la canoa. Entretanto, le comenté a Efraín Alberto González ciertas ideas para nuestro plan de hacer de Capax un producto con cierto “halo de misterio.”

—Maestro, a partir de hoy eres el responsable de coordinar con los alcaldes nuestra llegada a los pueblos. En cada sitio pide que le tengan al nadador caldo de gallina caliente, dos frazadas y una bolsita plástica.

—¿Bolsita plástica?

—Sí, para coleccionar un poco de tierra de cada sitio. Efraín, también necesitamos que el sitio donde se aloje sea secreto y vigilado por la policía. Si podemos usar la maquina de bomberos sería muy bueno hacer un desfile por la ciudad. Ah, todos los chismes que puedas hacer rodar entre la gente, son bienvenidos.

Luego hablé con Jairo Sandoval Carranza acerca del manejo de las historias de Capax en la prensa. Era un periodista educado, ecuánime e inteligente, recién egresado de la universidad. Jairo vio en esta aventura la ocasión propicia para surgir, por eso “lo había abandonado todo” para venir.

—Hermano, tú eres la ficha clave en este proyecto. Debemos crearle a Capax una imagen que podamos explotar en tiras cómicas o en historietas de aventura. Aprovecha todas las cosas o hechos curiosos que veas, sin exagerar, y vuévelas crónicas periodísticas interesantes. Las oficinas de Telecom van a estar abiertas hasta la medianoche para que puedas enviar boletines de prensa por telégrafo o hacer informes de radio por teléfono. (En esa época, las oficinas de Telecom atendían solo hasta las seis de la tarde).

—Chévere. Traje un directorio muy completo de periódicos y emisoras, incluso hablé con algunos amigos que están interesados en que les envíe notas —afirmo Jairo,

—Chino, tienes la oportunidad de reportar para todos los medios, excepto El Espectador y El Vespertino donde trabaja José Yépez Lema.

—Fresco, me gusta este reto y creo que esta historia tiene tela para rato —enfaticó plenamente convencido.

La calma del viaje se interrumpió cuando el lanchero exclamó:

—Señores, ¡ténganse duro! —y aceleró el motor al máximo, sobrepasó a Capax y a Iván González. Avanzó unos veinte metros y desaceleró bruscamente. Giró la nave y la dejó de costado.

—Don Capax, súbase rápido, y usted también, con su canoa —dijo.

—¿Que pasa? —preguntó el nadador

—Estamos cerca de un remolino. Tenemos que pasar por la orilla antes de que nos trague.

Con mucho cuidado, nos alejamos de las corrientes concéntricas que giran a cierta velocidad. El remolino estaba localizado en una curva donde el río se angosta y forma un ángulo de noventa grados. Según el navegante, la fuerza del remolino es tan poderosa que succiona todo lo que pasa a su alrededor.

—Es un cementerio natural. El que entra no sale, y si sale, es un finado —comentó con total frescura.

Luego del susto, Henry XV confesó que estuvo a punto de cagarse en los pantalones, Yépez Lema quedó pálido del culillo y Germán Hernández se fumó un cigarrillo para calmar los nervios.

Seguimos avanzando de sur a norte por el valle del río Magdalena, entre chistes y carcajadas. A la orilla izquierda, a lo lejos, estaba el desierto de la Tatacoa, una región árida donde abundan arañas, escorpiones, culebras cascabel, águilas, comadrejas y plantas típicas como el cactus. A la derecha, se podía apreciar una inmensa y productiva terraza agropecuaria con extensos cultivos de arroz y hatos ganaderos. El calor y la humedad invitaban a tomar un refrescante baño, pero no tuvimos el coraje de botarnos al agua y nadar al lado de Capax.

Pasadas las cuatro de la tarde, a la distancia, divisamos dos botes con banderas de Colombia. Navegaban despacio, contra la corriente. Venían llenos de personas muy bien arregladas, como si fueran a una sesión solemne. Cuando llegaron, nos recibieron con pólvora. Un hombre, megáfono en mano, nos saludó:

—Señores, como alcalde del municipio de Aipe, la capital del oro negro, me complace darles una cordial bienvenida. Esperamos que la pasen muy bien y los declaro ciudadanos aipeños. Les tenemos un asado huilense, achiras y nuestras bebidas típicas: la mistela y la sevillana.

—Muchas gracias alcalde. ¿Cuánto hace falta para llegar?

—Unos diez minutos. Pasando ese monte que se ve allá, en la margen izquierda, está Aipe.

Un conjunto vallenato comenzó a tocar. De una de las naves nos mandaron dos medias canecas de guaro, claves para entrar en ambiente. Los notables del pueblo sacaron pecho y le tomaron fotos al nadador. Todos nos sentíamos un poco agotados. De Neiva a Aipe hay treinta y dos kilómetros por carretera, pero navegando, la distancia es un poco mayor por las curvas que da el río.

La recepción fue suntuosa e inolvidable. Salieron a recibirnos por lo menos cinco mil personas. Capax caminó hasta la orilla rodeado por cientos de niños que querían estar cerca de él. Levantó las manos, se arrodilló, y besó la tierra, mientras la banda municipal interpretaba el Sanjuanero huilense, la canción más famosa de la región.

Las calles estaban llenas de gente y de jinetes cabalgando sus hermosos ejemplares de paso fino. En medio de una salva de aplausos, vítores, música y pólvora, avanzamos por una calle destapada hasta el parque central. Allí, las autoridades locales habían preparado un acto público con discursos, poemas y la actuación de grupos de baile típico. Para mi sorpresa, mis amigos los humoristas Emeterio y Felipe, Los Tolimenses, pasaron a saludarnos. Más tarde, en la casa de la cultura, asistimos a un foro en el que se discutieron algunos problemas del área. La noche la pasamos en la clínica del pueblo.
